





Los morosos sufriran el recargo establecido por la ley de 7 de Febrero de 1919. (Art. 6.º)

al fabuloso reino rica, que la dotaría en oros y en se los legaría en su testamento? ¿No conviniere examinar más atentamente el asunto y no oponerse a esa unión en el cifrraba Lorenzo su dicha.

— ¡Si queriendo dejar traslucir enternecidos los ojos de Mornac; volvía a verse en el espejo de la Préceaus-Loups pasados en una blanca paja en el agua, y rodeados por los dulces de la paloma. Una ligera agitación los diamos de la orilla. Había creído que aquella hora exultaba no había escuchase nauea, que siempre bogaría a criminal hacia a quien amaba. Pero una ardiente la dama temer a lo bello ensueño, al frondoso parterre a los verdineos, al serio que había bechado un bello suero. Pero nada en el mundo hubiera ido a la Préceaus-Loups otro día que el de los amantes; pero Lorenzo tenía caritativo a la vida que todos los hombres de se se habían casado. Tenía a la sazón veintidós. ¿No era un tiempo de que pasase en su dicha de novio entre el temblor de los diamos y las floridas ramas de los au-

y rozaba caríolos las finas esculturas frontón de la loggia.

Lorenzo pensó que el jardín, después de esto, no era tan triste como al llegar la primavera.

IV

Puéra caba la noche; pero en el gran desahio, de severo estilo, donde desde hacía mucho largo escuchaba los jefes de la casa. La rigidez de la larga mesa Imperio, de la forjas, coronados sobre el tesoro de los archivos y de los sillones de caoba; la los jugaba con los reales que en los mapas, desde el armazón de los continentes, resaca en un punto brillante del globo terráqueo, principal adorno de la chimenea.

Lorenzo escribía, pero con el dedo sobre la y la frente en la palma de la mano, como si le aquejase un dolor. Al terminar, firmó con una rubricá que parecía un sablazo, y delataba la volubilidad de su carácter; y después de sellar la carta, apartóla de sí dando un suspiro.

Por orden de su madre, acababa de escribir al señor La Randé, que, perdido de toda esperanza, habíase dirigido al príncipe de Joinville, para que le devolviese el consentimiento, que atravesaba en la difícil imprudente de su país, por el imperio de la innovación.

Y sin embargo, al casándose, obligado abandonar el proyecto de la Unión de Armadores franceses, exponía ahora a otra forma de la formación de una Compañía injerta en la casa Pétuvault, pero sostenida por fondos de